

## Otro parte de guerra

El parte de accidentes de tráfico en las carreteras españolas durante la pasada Semana Santa indica que han muerto 119 personas. El dato, a pesar de ser estremecedor, pasa, como siempre, inadvertido para todos aquéllos que no hayan sentido en sus cercanías afectivas una pérdida, quizá más por la costumbre que porque tengamos asumido el riesgo que debemos padecer cada vez que salimos a la carretera. En cierta manera, como se encargan de recordarnos algunos medios de comunicación, cada parte de tráfico es un parte de guerra, de guerra lejana, añadiría yo, y ya se sabe que las víctimas de las guerras que se libran lejos de nosotros sólo duran en nuestra memoria el tiempo que tarda el locutor en dar la noticia.

Vivimos en la extraña paradoja de ser actores del tráfico por carretera y espectadores de su resultado, quizá porque, aunque conducimos, los muertos siempre son otros. No parece sino que los responsables de las muertes son los propios muertos o, si acaso, los que causaron los accidentes concretos. Y esto puede ser así para los accidentes pasados, pero no lo es para los accidentes futuros. Quiero decir que si hay alguien conduciendo a ciento setenta kilómetros por hora en una carretera donde no se debe conducir a más de cien, ya es hoy responsable de algo, aunque nunca cause un accidente, yo diría que en cierta manera es responsable de las muertes que causan todos los que van conduciendo a ciento setenta kilómetros por hora, de las pasadas y, sobre todo, de las futuras.

Lo normal es justamente lo contrario, esto es, que no sólo no se sientan responsables, sino que saquen pecho, que alardeen ante los amigos de la potencia de su coche, que presuman con cifras exageradas y que se mofen de los que van a la velocidad establecida o, incluso, de los que van sólo un poco por encima de ella. El argumento es que su coche es muy seguro, o que todo el mundo va a esa velocidad, o que cada uno tiene una velocidad natural de conducción y que la suya es alta, igual que la de otros en baja, o que él a ciento setenta tiene menos peligro que otros a ciento veinte.

Lo dicho para la velocidad se puede aplicar sin más correcciones al alcohol. El conductor se cabrea cuando la Guardia Civil le mide su tasa de alcoholemia a la vuelta de una feria o una romería pero le echa la culpa al alcohol si se entera de que otro ha tenido un accidente al volver de una feria o una romería.

Responsables son siempre los otros, porque los otros son los que cometen las imprudencias. Nosotros no cometemos imprudencias o las imprudencias que cometemos son pecadillos veniales que no tienen trascendencia. Nosotros siempre somos las víctimas. Y no sólo de los accidentes: también somos siempre las víctimas de la Guardia Civil, ese enemigo que nos pide papeles hasta dar con el que no tenemos y que en lugar de multar al desaprensivo que va a doscientos por hora nos multa a nosotros, que sólo íbamos a ciento setenta. Por eso le hacemos señales con las luces al que viene de frente, aunque desconozcamos si tiene el coche asegurado o no, aunque desconozcamos si lleva en el portamaletas cinco bolsas de caramelos o doscientos kilos de dinamita. Al fin y al cabo, todos somos infractores, y existe mucho espíritu corporativo entre los que incumplen las reglas de tráfico, por lo menos mientras no sea nuestro hijo uno de esos 119 muertos.

Juan Bosco Castilla